

CAPITULO XI.

CERRO-GORDO Y ORIZAVA.

I.

La ocupacion de Veracruz por el ejército americano, fué la primera señal de alarma para la capital de la República. Hasta entonces se habia juzgado como un delirio la amenaza de los Estados-Unidos de hacer flamear su pabellon sobre el palacio de los Moctezumas; pero al ver á los invasores dueños ya de una plaza tan importante, cuya resistencia habia hecho concebir tantas ilusiones, y al examinar la impotencia de la misma capital, debilitada por la mas escandalosa de las revoluciones, vino el presentimiento de la desgracia á infundir el terror y el desaliento, precursores siempre de los grandes infortunios nacionales.

El general Santa-Anna, que acababa de tomar posesion de la presidencia de la República, en consecuencia de los sucesos de la revolucion de Febrero, dispuso inmediatamente que se restableció en México la tranquilidad pública, que saliese una pequeña brigada al mando del general Rangel por el camino de Veracruz: dió orden al general Canalizo para que fuese á reunirse con el general Vega, quien con algunas fuerzas se preparaba á hostilizar á los invasores á su tránsito por el Puente Nacional, y mandó tambien que la division del ejército de

la Angostura se dirigiese para el camino de Veracruz, para reunir todas estas fuerzas en el punto que fuese conveniente resistir al enemigo. En seguida ocurrió al congreso, para que se le concediese la licencia correspondiente para salir de la capital y ponerse á la cabeza del ejército. Obtenido este permiso, y elegido el general Anaya presidente interino, el general Santa-Anna entregó el mando el Viernes Santo, y en la tarde del mismo dia partió con su estado mayor y su escolta para su hacienda del Encero, á donde llegó el 5 de Abril, y estableció allí provisionalmente su cuartel general.

Al llegar á Perote, se encontró con la noticia de que el general Canalizo se habia retirado del Puente Nacional, despues de abandonar cuatro piezas de grueso calibre que habia allí. Irritado Santa-Anna por este motivo, desaprobó lo hecho, y ordenó que se volviese al Puente á salvar la artillería, la que, desmontada, se condujo tirada por bueyes.

A muchos de los dispersos juramentados de Veracruz los obligó el general Santa-Anna á volver al servicio, destinándolos á diversos cuerpos, y disponiendo que los oficiales pasasen á San Andrés Chalicomula.

II.

Saliendo de Jalapa por el camino de Veracruz, el pais conserva su belleza, hasta que, cerca del Encero, comienzan á descubrirse varias lomas sin esa vegetacion escuberante que caracteriza el terreno que se ha dejado atras, y despues, llegando á Corral-Falso, por uno y otro lado del camino se elevan espesos breñales que cubren un estenso lomerío hasta Cerro-Gordo. En este punto, á siete leguas de Jalapa, el borde de una de las mesas de la cordillera forma propiamente un escalon, á cuyo pié se halla el Plan del Rio, donde ya la temperatura de la tierra-caliente se hace demasiado sensible. Sobre la mesa, dominando todas las alturas vecinas, se eleva el cerro conocido hoy con el nombre del Telégrafo, á la izquierda del camino; y á la derecha corre en una cañada profundísima el rio del Plan, entre el cual y el mismo camino, que hace una quiebra en este sitio, se avanzan casi paralelamente varios ramales de lomas que van á morir con el descenso de aquella elevacion, y cuyos costados son inaccesibles. A

pié del Telégrafo se alza otra eminencia llamada la Atalaya, la cual está encadenada con otras alturas boscosas que se elevan en el bajío, y forman al frente de la posición descrita un límite á la vista, que le impide estenderse mas allá de una corta distancia.

El teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles, al retirarse de Veracruz, donde su nombre se hizo tan notable, fué encargado por el general Canalizo de hacer un reconocimiento en Cerro-Gordo de aquellas posiciones, y desde luego manifestó que las encontraba ventajosas para molestar al ejército invasor á su tránsito para Jalapa; pero no como el punto mas á propósito para disputarle el paso, ni mucho ménos para alcanzar de él una victoria decisiva. Esta opinión la fundaba principalmente en que el camino podria ser cortado por el enemigo á retaguardia de la posición, y en que el mejor resultado que debia esperarse, si atacaba por el frente, era rachazarlo, sin poder evitar, que retirándose, se rehiciese en las alturas de Palo-Gacho. Añadia ademas, que la faltade agua en Cerro-Gordo hacia demasiado desventajosa la situación de nuestras tropas, y que en su concepto donde debia presentarse la batalla era en Corral-Falso, posición que no ofrecia aquellos inconvenientes. A pesar de estas reflexiones, cuya justicia han demostrado tristemente los resultados, el general Canalizo, por órden espresa del general Santa-Anna, dispuso que el teniente coronel Robles comenzase la fortificación de Cerro-Gordo.

Entretanto, el enemigo se aproximaba, y apenas habia tiempo para la construcción de obras muy pasajeras. Tales eran las que Robles habia emprendido al pié del cerro del Telégrafo hasta el 9 de Abril, cuando llegó allí el general Santa-Anna con su estado mayor para practicar un reconocimiento hasta el Plan del Rio; y fijando desde entónces toda su atención en las lomas de la derecha del camino, dispuso que el mismo Robles se encargase esclusivamente de su fortificación, encomendando al teniente coronel de ingenieros D. Juan Cano las obras del mismo camino y de la izquierda. Esa noche permaneci6 el general en el Plan del Rio, y el 10 contramarch6 al Encero para volver el 11 á establecer ya definitivamente su cuartel general en Cerro-Gordo.

Las brigadas de los generales Pinzon y Rangel, las compañías de nacionales de Jalapa y Coatepec, mandadas por el recomendable ca-

pitan Mata, y la benemérita division de Angostura, polvosa aun del último combate, fueron llegando sucesivamente hasta el dia 12, que quedaron ya sobre el campo todas estas fuerzas.—Durante estos dias, en los que se presentó ya el enemigo en el Plan del Rio, se activaban en lo posible los trabajos de las fortificaciones. El teniente coronel Robles habia alzado al borde de los tres ramales de las lomas de la derecha un parapeto, que por la falta de elementos para su construcción, se propuso que sirviera casi únicamente para marcar las líneas en que, colocadas las piezas de artillería y formada la infantería, nuestros fuegos fueran eficaces para batir el terreno que tenia que atravesar el enemigo para asaltar nuestras posiciones. El coronel Cano habia cortado el camino en el punto que éste cambia de dirección á la falda derecha del Telégrafo, situando allí una batería de grueso calibre, y habia practicado un camino cubierto que conducia á las posiciones de la derecha; y el general Alcorta habia formado una tala circular en la cima del cerro mencionado, y establecido en ella una batería de cuatro piezas de á cuatro. En el centro de esta obra se elevaba el pabellon nacional. Mas á la izquierda solo se veian espesísimos breñales y barrancas que el general Santa-Anna daba por cierto ser inaccesibles.

Tal era nuestra línea de mas de un cuarto de legua de estension, sobre la cual distribuy6 el general en jefe nuestras fuerzas, colocando en la última posición de la derecha al general Pinzon con el batallón de Atlixco y 5.º de infantería, que componian una fuerza de quinientos y tantos hombres, con siete piezas de artillería; en la del centro de la misma derecha, al capitán de fragata D. Buenaventura Araujo con el batallón de la Libertad, compuesto de cuatrocientos hombres, y el batallón de Zacapoastla con trescientos hombres y ocho piezas; y en la primera de las mismas posiciones, al coronel Baidillo con doscientos cincuenta hombres de las compañías de nacionales de Jalapa, Coatepec y Teusitlan, con nueve piezas de diversos calibres. El campo de Matamoros, situado entre las dos últimas posiciones de la derecha y la primera de las mismas, fué guarnecido con el batallón de Matamoros y Tepeaca con cuatrocientos cincuenta hombres, con una pieza de á ocho, y el general Jarero fué nombrado jefe de la línea comprendida desde este punto hasta el cerro del ge-

neral Pinzon. En la batería del camino, compuesta de siete piezas de calibre, se situó al 6.º de infantería, con novecientos hombres, al mando del general D. Rómulo Diaz de la Vega, á cuyas órdenes estaba tambien el batallon de Granaderos, con cuatrocientos sesenta hombres, destinado como de reserva de las fuerzas de la primera posicion de la derecha. Por último, en el Telégrafo se situó al coronel Azpeitia con el 3.º de infantería, compuesto de cien hombres, y fué nombrado gefe de este punto el general Vazquez; segundo, el general Uraga, y comandante de la artillería el coronel Palacios.

El resto del ejército, á escepcion de la caballería, que permaneció en Corral-Falso hasta el dia 15, acampó por uno y otro lado del camino en la ranchería de Cerro-Gordo, situada á la retaguardia de la izquierda de nuestra línea. El campamento tenia toda la animacion de una ciudad bulliciosa. Grandes jacales de otate con techos de palma, situados de distancia en distancia sobre uno y otro lado del camino, eran las habitaciones del general presidente, de sus ayudantes, del estado mayor, y de todos los principales gefes y oficiales que no estaban sobre la línea. En los intervalos estaban acampados á la intemperie los cuerpos de reserva, que se componia entónces de los batallones 1.º, 2.º, 3.º y 4.º ligeros, con mil setecientos hombres, y 4.º y 11.º de línea, con setecientos ochenta hombres; y las piezas de artillería que aun no estaban colocadas, los carros de parque, algunas tiendas de campaña, la ambulancia y uno que otro figon, formaban una larguísima calle, en la cual discurrían sin cesar soldados y oficiales de todas graduaciones, y esa multitud de gente aventurera que acompaña siempre á los ejércitos.—Pero escaseaba mucho el rancho de la tropa: las pocas vivanderas que habia, vendian instantáneamente sus malos comestibles sin satisfacer el hambre de los que llegaban un poco tarde á sus figones: el agua que conducian las mulas en barriles desde el fondo de la barranca, se obtenia con mucha dificultad, y el Sol reverberante de aquellos climas escitaba una sed abrasadora, que los soldados apagaban á veces chupando pencas de maguey, lo que les ocasionaba graves enfermedades; y por último, multitud de insectos, casi imperceptibles, mantenian la sangre en una perpetua irritacion y aun llagaban los cuerpos de aquellos en quienes se cebaban.

El ejército enemigo habia acampado sobre el camino frente á nuestras posiciones de la derecha, como á tres cuartos de legua de distancia. El día 11 una de sus guerrillas, que salian á practicar reconocimientos, tuvo un encuentro con una avanzada nuestra, en el que perdimos tres soldados, y de los americanos, segun se ha sabido despues, resultó herido un oficial. Todos los dias siguientes se esperaba con impaciencia el ataque. El general Santa-Anna al amanecer montaba á caballo, y acompañado de su estado mayor, recorría la línea, ocupándose con mucha materialidad de los desmontes y de la construccion de barracas para la tropa, y cerca del medio dia regresaba al cuartel general, volviendo á montar en la tarde hasta la oracion de la noche que se retiraba á su habitacion, donde acompañado de algunos de sus ayudantes y de los principales gefes del ejército, se le servia la comida, miéntras que á veces una música militar colocada por fuera, ejecutaba sonatas escogidas.

Se vanagloriaba entónces de haber detenido la marcha triunfal del enemigo, y halagado por su fortuna, que, abandonándolo un instante el año de 844, le habia vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de prevision. Enteramente fascinado, despreciaba aun la voz de la ciencia, exigía la humillacion de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razon y á la ingenuidad. Faltos de entereza tambien algunos de nuestros gefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos, sin tener toda la enegía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oimos á alguno envanecerse, despues de que habia recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinacion general de la defensa, que solo esponia entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecia acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacian mas violenta su situacion, y aumentaban mas y mas su ansiedad por el combate.

Y para el que por la primera vez se hallaba en medio de un ejército frente al enemigo, en circunstancias tan solemnes para la patria, viendo por fin al soldado en el ejercicio de su mision caballeresca, y

participando de su miseria y de su aislamiento; para quien contemplaba desde allí un pueblo entero indolentemente abandonado á la suerte de aquel puñado de hombres, y leía como en un libro una de las páginas mas notables de nuestra historia; para el que, en fin, sentía aplicado sobre aquellos campos el lente del mundo y de los siglos, aquella situacion tan nueva, tan grandiosa, era como la realizacion de un sueño de la fantasía.

El general Santa-Anna, mas impaciente acaso que ninguno, deseando provocar algun movimiento del enemigo y tener algunas noticias del estado en que se hallaban las fuerzas contrarias, así como de su número, dispuso en la noche del 14, que al dia siguiente saliese la caballería al mando del general Canalizo á hacer un reconocimiento sobre el campamento americano, sin comprometer accion decisiva, y procurando sobre todo hacer algunos prisioneros para interrogarlos sobre lo que se deseaba saber. D. Angel Trias, gobernador de Chihuahua, que habia venido desde su Estado, despues de la lamentable jornada del Sacramento, á implorar auxilios contra la invasion, y lleno de generoso entusiasmo, habia querido tomar parte en la lucha que se preparaba, fué nombrado por el general en jefe para que acompañase aquella expedicion é interrogase por sí mismo á los prisioneros que se capturasen.

El dia 15 al amanecer llegó de Corral-Falso la caballería, cuya fuerza la componian los regimientos 5.º, 9.º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizava, y poco despues de salido el Sol, el mismo general en jefe la puso en marcha, haciendo que desfilase á retaguardia de nuestro campo caminando por una vereda escabrosa que descendia al rio del Plan, para que encumbrando en seguida á la altura opuesta, fuese por detras de ella á sorprender al enemigo por su izquierda. Despues que hubo marchado esta fuerza, el general Santa-Anna, dirigiéndose á nuestra última posicion de la derecha, único punto desde el cual se descubria el campamento americano, fué á esperar allí el resultado del movimiento emprendido. Entónces se presentaron sobre la misma loma por donde debia aparecer nuestra caballería, algunas guerrillas enemigas; y así el general como los que lo acompañaban, ansiaban el momento en que encontrándolas nuestras fuerzas, las destrozasen sin que

pudiera escapar acaso ni un soldado. Pero se esperó en vano largo tiempo, hasta que impacientado el general, y deseando causar algunos daños á aquellas guerrillas, mandó dispararles algunos tiros de cañon, que sin embargo de no alcanzar quizá á la distancia que se hallaban, las hicieron dispersarse y desaparecer, no sin haber disparado ántes sus rifles algunos de los tiradores sobre nuestro flanco derecho.

Poco despues de haber vuelto el general Santa-Anna al cuartel general, el coronel Codallos, ayudante de S. E., que habia sido mandado á alcanzar la caballería con una órden para el general Canalizo, volvió lleno de fatiga diciendo que habia tenido que hacer un esfuerzo extraordinario para cumplir su comision, por lo impracticable que era la senda que habia tenido que seguir aquella fuerza, llegando las dificultades al extremo de que en los desfiladeros habiamos perdido ya dos ó tres dragones, que despeñándose con todo y caballo, habian ido á perecer al fondo del precipicio. En consecuencia, el general en jefe desistió de aquel movimiento, y la caballería regresó por las lomas á Corral-Falso, á donde llegó á la oracion de la noche con la caballada en el estado de mayor quebranto.

No habiendo emprendido movimiento alguno el enemigo el 16, comenzaba ya á dudarse de sus intenciones, y aun llegó á concebirse la idea de que intimidado por la posicion de nuestro ejército, no se resolveria á dar el ataque, y se retiraria á esperar refuerzos de los Estados-Unidos. Se sabia tambien por dos prisioneros, que la peste hacia mucho estrago en las tropas americanas, lo que agravaba mas su situacion.—Pero, por fin, el 17, al medio dia, habiendo salido el general Alcorta á hacer un reconocimiento por el cerro de la Atalaya, encontró una parte de las fuerzas enemigas, las que batió en retirada con una avanzada nuestra, entretanto que el 3.º de infantería, que guarnecia el Telégrafo, descendia á protegerlo. El general Santa-Anna acudió allí inmediatamente, haciendo subir á algunos cuerpos despues de haber mandado que sobre el camino formase la columna de reserva: situó en la falda del Telégrafo á los batallones ligeros en varias líneas, escalonadas en el centro de aquella posicion, al 4.º de línea hácia la izquierda, que era por donde cargaba con mas tenacidad el enemigo, y en la cumbre sobre los parapetos quedó una parte del 3.º de línea y el 11.º de infantería. El 6.º de infantería acudió á la

derecha por órden del general Vega, impidiendo con sus fuegos que la posicion fuese envuelta. Un fuego vivísimo se sostenia por ámbas partes, y los empujes de los americanos sobre nuestras líneas eran rechazados con el mayor vigor. La presencia del general Santa-Anna, que sobre la misma cumbre del cerro, acompañado de su estado mayor, ordenaba la accion, animaba á las tropas: los alegres vivas á la República, á la independendencia y al general en gefe, en que prurumpian los que acompañaban á S. E., escitaban en ellas un vivo entusiasmo. Nuestros soldados afrontaban la muerte con denuedo, la desafiaban y resplandecia en sus frentes el júbilo de la victoria. La batería de la cumbre, mandada por el teniente Olzinger, jugaba diestramente, haciendo mucho estrago sobre los americanos, que divididos en tres secciones, cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posicion, consiguiendo avanzar mas por la izquierda, pero sin lograr nunca una ventaja decidida. Resistidos en este último punto por el 4.º de línea, hacian sobre él un fuego terrible, que puso fuera de combate multitud de soldados y oficiales de este cuerpo. En los demas puntos se le resistia con el mismo esfuerzo, y prolongándose de hora en hora aquella lucha, terminó al fin, porque rechazados los enemigos por todas partes, se retiraron algunos al mismo cerro de la Atalaya, y los demas se internaron en las boscosas cañadas que se descubrian á la izquierda de nuestras posiciones.

Como á las cinco de la tarde, las dianas, las músicas y los vivas mas entusiastas, difundian por nuestro campo un regocijo universal. Mas de doscientos hombres que perecieron ó quedaron heridos esa tarde, cayeron sobre un campo que por sus esfuerzos perteneció un dia mas á la República. Los cadáveres de aquellos desgraciados fueron enterrados en la noche, y los heridos se enviaron á Jalapa en varios carros, cuyo movimiento hacia mas agudos sus dolores. Los cuerpos que habian sostenido la accion, se retiraron á sus campamentos respectivos, á escepcion de 4.º de infantería, 1.º y 2.º ligeros que reforzaron esa noche la guarnicion del cerro.—Un extraordinario partió inmediatamente para México con la noticia del buen éxito de nuestras armas en aquella tarde. En la noche fué general en todo el ejército el convencimiento de que el enemigo emprenderia su ataque por la izquierda, supuesto el reconocimiento que acababa de practi-

car, y es muy notable la observacion de que nuestra resistencia fué mayor cuando el mismo enemigo solo trataba de medirla, que cuando se propuso decididamente vencerla.

El mismo dia 17 habia llegado á Jalapa la brigada del general Arteaga, compuesta de los batallones activos y de Guardia Nacional de Puebla, y á penas acababa de alojarse en los cuarteles, cuando llegó la órden del general Santa-Anna para que inmediatamente se pusiese en marcha para Cerro-Gordo. Sin tomar descanso alguno de la jornada que acababan de rendir, aquellos infelices soldados continuaron su camino, y en la noche llegaron la mayor parte de ellos á Dos-Rios, dejando atras varias partidas que no pudieron resistir al cansancio. Al dia siguiente, en momentos bien críticos por cierto, llegó la brigada reunida á Cerro-Gordo.

No obstante de que, al parecer, el general Santa-Anna fijaba toda su atencion en las posiciones de la derecha, por donde regularmente esperaba el ataque decisivo, aleccionado tal vez con lo que acababa de pasar, esa noche hizo subir al cerro dos piezas de á doce, y una de á diez y seis, la que no llegó sino hasta media falda por la parte de la izquierda: ordenó á los gefes de ingenieros, Robles y Cano, hiciesen en el mismo cerro las fortificaciones mas urgentes, y el dia siguiente, antes de la madrugada, situó él mismo una batería á la orilla del camino casi delante del cuartel general frente á la boca de una boscosa baranca. Los americanos, durante la noche, establecieron tambien una batería en el cerro de la Atalaya, y sus preparativos de ataque para el próximo dia fueron solamente interrumpidos por algunos cañonazos que mandó disparar sobre ellos el general Vazquez, comandante del cerro del Telégrafo.

Al amanecer el dia 18, el estruendo del cañon enemigo resonó en aquellos campos como anuncio solemne de la batalla. Sobre el cerro mismo donde los bravos insurgentes habian en otro tiempo derramado su sangre por la independendencia, flameaba nuestro pabellon, y bajo su sombra, desde aquella altura, se descubria una línea de hombres que debia servir de muro contra el invasor. Entre las filas, los diversos rangos y distintivos del ejército, desde el soldado hasta el general en gefe, condecorado tambien entónces con la suprema dignidad nacional, aparecian en aquellos momentos con todo el pres-

tigio, con todo el brillo, que las ilusiones del patriotismo les concedieron.

El enemigo, sirviéndose de la batería de la Atalaya, rompió desde aquellas horas sus fuegos sobre el Telégrafo, de donde le fueron contestados por nuestra parte. El general Santa-Anna se ocupaba entonces de acabar de situar la batería de la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano bajo los fuegos enemigos construían obras pasajeras en la falda del mismo Telégrafo, en el propio sitio donde habían formado la tarde anterior los cuerpos que defendieron el centro de la posición. Sobre las posiciones de la derecha y del centro de nuestra línea se hallaban las mismas fuerzas que desde antes las guarnecían: sobre el cerro se hizo subir al 1.º y 2.º ligeros que habían bajado en la madrugada á tomar su rancho: el 6.º de infantería volvió á cubrir la derecha. El 4.º de línea quedó situado donde mismo se había defendido tan intrépidamente el día 17. La caballería, que se hizo venir de Corral-Falso en la noche, formó sobre el camino, apoyando su derecha frente á la batería que se acababa de establecer, y que estaba sostenida por el 11.º de infantería; y los batallones 3.º y 4.º ligeros permanecieron formados también en el camino, dispuestos para marchar al punto que se les señalase.

Tal era la disposición de nuestras fuerzas antes de la salida del Sol, á cuyo tiempo el cañoneo fué siendo mas y más vivo entre los dos cerros, hasta llegar á repetirse el estruendo instante por instante. El enemigo arrojaba sin cesar granadas, cohetes y toda clase de proyectiles, que caían sobre el cerro, sobre el camino, y aun mucho mas allá de nuestro campo. Sus columnas avanzaban entre tanto por detrás de la Atalaya por las escabrosidades del frente de nuestra izquierda, y cerca de las siete de la mañana emprendió una de ellas, al mando del general Twigs, el ataque sobre el Telégrafo.

El general Santa-Anna, luego que estableció la batería de la izquierda, se dirigió á las posiciones de la derecha, movido acaso de su primera idea; pero deteniéndose después de haber pasado la batería del centro, y observando desde allí la viveza con que se sostenía el cañoneo por nuestra parte, mandó orden al general Vazquez para que no desperdiciase el parque y para que abrigase la tropa de los fuegos enemigos. Regresando en seguida por el camino, al llegar al

pie del Telégrafo, se rompía entonces el fuego de fusilería, é inmediatamente hizo subir á los batallones 3.º y 4.º ligeros en auxilio de las fuerzas que defendían aquel punto.

Los americanos cargaban decididamente, dispersándose en tiradores, ocultándose tras de los arbustos y maleza que cubrían el terreno, sobre las talas apenas indicadas que se habían tratado de construir esa mañana, sostenidas por el 3.º de línea, 2.º ligero y parte del 4.º: hacían empujes igualmente esforzados sobre la izquierda del Telégrafo, defendida por el 4.º de línea, y sobre la derecha, donde el 6.º de infantería se situó, como la tarde anterior, para rechazarlos. La artillería de una y otra parte había cesado de obrar por la proximidad á que se hallaban los combatientes: el fuego de fusilería era tan vivo como el ardor de la pelea: la muerte, agitando sus alas sobre aquel campo ensangrentado, incendiado en algunos puntos por los proyectiles enemigos, se mecía horriblemente sobre la espesa humareda que envolvía á millares de hombres encarnizados en la lucha: nuestros soldados caían á montones en medio de aquella confusión, y los enemigos, cayendo también, eran instantáneamente reemplazados por otros que parecían reproducirlos. Entonces parecía dignamente el coronel Palacios, comandante de la artillería del cerro, herido por las balas enemigas; entonces la fama de los guerreros coronaba la carrera del general Vazquez en la plenitud de su ejercicio, con una muerte gloriosa en medio del estruendo de las armas; entonces centenares de valientes derramaban su sangre por la mas santa de las causas. Muerto aquel general, debía reemplazarlo su segundo el general Uraga; pero éste se hallaba á la cabeza de su batallón, el 4.º de línea, en la falda izquierda del Telégrafo; y no habiendo momento que perder, tomó el mando el general Baneneli, cuyo cuerpo, el 3.º ligero, había permanecido como de reserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. La viveza del combate, redoblándose mas y mas, hacía caer nuevas víctimas: el 2.º ligero y el 3.º y 4.º de línea habían perdido casi toda su fuerza, y aun el último la mayor parte de su oficialidad: los enemigos, sobrepujando con el mayor número los esfuerzos de los nuestros, se apoderaban sucesivamente de las obras bajas de la posición, y sin perder un instante, ascendían rápidamente á asaltar la última de la cumbre.